




# ORACION INAUGURAL

LEIDA EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA

DE

SANTIAGO

EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

de 1863 á 1864

POR

DON SALVADOR RIVERA,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA, PREDICADOR DE S. M., DECANO DE DICHA FACULTAD
Y CATEDRATICO DE SAGRADA ESCRITURA.

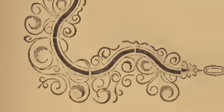



Impresa de órden de la Universidad.

SANTIAGO:

IMPRENTA DE MANUEL MIRÁS, CUESTA DE S. PAYO, 1.°

1863.



# ORACION INAUGURAL

LEIDA EN LA

# UNIVERSIDAD LITERARIA

DE

# SANTIAGO

EN LA

## SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

## de 1863 á 1864

POR


## DON SALVADOR RIVERA,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA, PREDICADOR DE S. M., DECANO DE DICHA FACULTAD
Y CATEDRATICO DE SAGRADA ESCRITURA.






Impresa de órden de la Universidad.

SANTIAGO:

IMPRENTA DE MANUEL MIRÁS, CUESTA DE S. PAYO, 1.°

1863.

Deus scientiarum Dominus
est. 1.° *Reg.* 2.° 3.°

# ILMO. SR.

HOY resuenan las augustas bóvedas de los templos del saber con la autorizada voz del profesorado, que se presenta á marcar la senda por donde ha de ser conducida la estudiosa juventúd, esperanza de las familias y de la pátria. Hoy un escogido y numeroso concurso acude á los salones científicos, escitado por el interés de ver como el orador académico acierta á dar novedad á un tema que se ha hecho ya vulgar; atraido tambien por el deseo de conocer las ideas de los profesores, que tanto y tan directamente influyen en la educacion y en la enseñanza; felicitándose por una parte de la pureza de las doctrinas, que se emiten en ocasion tan solemne, y por otra quedando tranquilo en órden á la ten-

dencia de los buenos estudios, que algunos intentaron estraviar. ¿Y qué asunto deberé elegir para satisfacer cumplidamente estos justos deseos de la ilustrada multitud que me escucha?

Yo creo, Ilmo. Señor, que el mas ajustado á la índole de las oraciones inaugurales, será el que interese á todas las ciencias, haciendo ostensible el lazo comun, que las une; será el que se dirija á empeñar asi la espectacion de maestros y discípulos, como de todas las demás clases de la sociedad, que concurren á esta primera y grandiosa festividad de las escuelas. Para conseguir este objeto ningun tema me ha parecido mas oportuno que el que ponga de manifiesto la estrecha alianza de todas las ciencias con la Religion. Esta alianza determina el fin que se propusieron los fundadores y legisladores de las Universidades católicas. ¿Cuál fué? Ilustrar el entendimiento, dar vida á las ideas, formar el espiritu bajo las inspiraciones de la virtud sincera, y de la sana doctrina, trazar á los jóvenes el verdadero camino, que debe guiarlos á la realizacion de su destino en la tierra, y mas allá de esta vida. Por esta razon aquellos esclarecidos bienhechores del género humano consignaron en sus códigos literarios, como ley fundamental, el estudio de la Sagrada Teología, ó sea el de la Religion. Esta divina ciencia es en efecto la que con la gravedad que la caracteriza templa los progresos y encantos de las humanas; esta es su reguladora, la que constituye su alma, la que les infunde vida. Colocada en el centro de los esta-

blecimientos científicos, como en su natural puesto, domina los talentos, atrae los corazones, y á sus pies viene á morir la heregia, y á confundirse el error; es, en una palabra, la Sagrada Teología, como un ástro brillante que ilumina todo el círculo de las ciencias naturales. El respeto á esta Reina de las ciencias, el comercio recíproco entre la fé, y la razon, produgeron como de un fecundo seno, esa larga série de eminencias literarias, que han sido siempre la admiracion de los sábios, y merecieron hacerse inmortales en todos los siglos. Orígenes, Clemente de Alejandria, San Gerónimo, S. Agustin, Arias Montano, Fr. Luis de Leon, Cano, Bossuet, Fleuri, y otros infinitos ingenios de todos tiempos, que vemos desfilar ante nuestra vista, nos ponen de manifiesto lo mas sublime que tiene la filosofia, lo mas exácto y profundo, que encierran las ciencias, lo mas puro que posee la moral, lo mas conmovedor de la elocuencia, lo mas elevado y lo mas perfecto de las letras; y todo siempre unido, y en armonia con las verdades de la fé. Siguiendo pues el ejemplo y doctrina de tan ilustres Maestros, voy á presentar en mi oracion el indispensable y estrecho vínculo que une y debe unir á todas las ciencias con el estudio de la Religion.

## Alianza de la ciencia y de la Religion.

La alianza entre la Religion y la ciencia, entre esas dos hermanas, ó mas bien, entre esas dos reinas del espíritu

humano, entraña dos órdenes de cosas, y de atribuciones, el órden natural, y el órden sobrenatural, lo que proviene de la razon, y lo que pertenece á la fé. No son menos culpables, Señores, los que niegan el órden natural, que los que niegan el órden sobrenatural. Wiclef, Lutero, Calvino, que miraron con asombrosa ojeriza á la filosofía, y que calificaron de *cínicas* y *lupanares* á todas las áulas literarias, intentaron destruir el edificio por su base; los racionalistas, teniendo á Moisés por un impostor, y á J. C. por un *teurgos* iluso y entusiasta, lo destruyen por su cima; estos coronan el árbol para no dejar mas que un tronco estéril; aquellos arrancan las raices, para que produzca, como ellos dicen, mayores frutos.

Es verdad que la fé, y la razon, de donde proceden las ciencias, son de distinta naturaleza; pero están unidas, lo mismo que el alma y el cuerpo. No pueden confundirse, ni tampoco separarse, porque la mano de Dios las ha unido. Son dos rayos del mismo sol de inteligencia, dos emanaciones del mismo Dios de verdad, y dos hijas del mismo padre de las luces. Ambas parten del mismo foco, el mismo soplo las comunica al hombre, y siendo páginas de un solo texto, encierran la misma sustancia, y son obra de un mismo autor. El Evangelio afirma la razon; la razon no niega el Evangelio, sinó haciéndose traicion á si misma. Por la razon es hombre el cristiano; el hombre es cristiano por el Evangelio, y de este modo el hombre y el cristiano se penetran el uno al otro para no formar unidos si-

nó un espíritu que viene de Dios, hijo y reflejo de su indivisible luz. Pero á poco que la razon, y por consiguiente la ciencia, se desvie del camino trazado por el Evangelio, al instante se pierde, se halla embrollada, y entorpecida, rodea, y fluctua en este mar ancho, agitado, y ondulante de las humanas opiniones sin freno y sin objeto. Al punto que pierde el camino real y comun, va dividiéndose, y dispersándose en mil sendas distintas. Nuestras facultades intelectuales son de muy corto alcance, y en vez de la verdad que el entendimiento humano busca, abraza frecuentemente el error. Aunque el hombre es destinado á vivir de inteligencia, se halla sujeto al yugo ilegítimo de los apetitos sensuales. Dominado por sus pasiones, no solo no descubre los secretos de la naturaleza, sinó que ni aun se conoce á sí mismo; á veces hasta desconoce al Dios que tan eminente le crió. Despues de muchas tareas y largas vigilias se le oye el *no sé* del escepticismo; no afirma ni niega, duda de todo, en todo vacila. Al modo que el viagero estraviado, que habiendo perdido de vista el término á que se dirigia, flaquea á fuerza de tanto vagar, y abatido por la fatiga, se sienta á la sombra de un árbol, sin saber de donde viene, ni á donde va; el hombre en ciertos períodos de su vida, olvidado de las celestiales lecciones que dirigieron su infancia, y de las involuntarias impresiones que levantan á veces su pensamiento hácia Dios, viene frecuentemente á parar en un estado de suspension negativa, despues de una marcha forzada por los senderos del

error. Necesitan, pues, todos los individuos, sábios ó ignorantes, del fanal que, desde lo alto del cielo, alumbre á la inteligencia errante en las tinieblas, ó sentada á la sombra de la muerte. Necesitan, no un fundamento débil, y ruinoso, sinó uno firme é inmoble, que no pueda hundirse, cual es la fé divina.

Esta es la raiz del árbol sagrado, plantado por la mano del mismo Dios, regado con la sangre de J. C. su Hijo, y siempre floreciente en el seno de la Iglesia. Esta es la única sabiduria que posee el secreto de Dios, y del hombre, asi como el conocimiento cierto de las verdades que constituyen la vida moral de los pueblos. Sin duda el Criador iluminó con su luz desde la cuna del mundo á la gran familia humana; pero no ha querido abandonar ese débil arbusto á la impetuosidad de los vientos, y al furor de la tempestad. Jamás fué mas brillante esta luz que cuando la voz del Eterno, que se habia oido en el Edén, en el Sinaí, en la nube, bajó fuerte y esplendente desde la cumbre del Gólgota. Ya la inteligencia humana no tuvo que andar errante á la ventura, estraviándose aqui y alli, engañada con algunos rayos de una luz pérfida, consultando á todas las escuelas, que no contestaban mas que con gritos de duda, y preguntando por los caminos de la vida á unos sábios que la introducian en las sendas de la muerte. Ya el hombre no tuvo que poner su corona á los pies de los súbditos de su grande imperio, ni hacerse esclavo de una naturaleza, que era llamado á mandar. La revelacion

opone á la ignorancia del hombre, sobre la naturaleza y atributos de la divinidad, la doctrina mas luminosa sobre el Ser supremo, que es el principio y término de todo el saber humano. El hombre que hasta entonces era un misterio inesplicable para sus ojos enfermos, fué revelado al hombre mismo: lee su nombre en el pensamiento divino, y se vé rey de esta magnífica creacion, en cuyo seno todo le anuncia que este mundo es un palacio destinado para su habitacion: que el brillante ástro que le vivifica, es la antorcha colocada en punto conveniente para dirigir sus pasos. Comprende que por estensas que sean nuestras facultades, sino las fecunda un principio generador, siempre adolecerán de esterilidad, porque por si solas no ofrecen medio alguno, para disipar nuestros errores, ó poner fin á nuestras dudas; y comprende tambien que, no elevándonos en nuestras especulaciones hasta la inteligencia divina, hasta esa luz increada, de que dependen todas las demás, nunca podremos completar el curso de ninguna ciencia. La Religion, Señores, todo lo robustece en el mundo intelectual, haciéndonos considerar á Dios como el principio de todos los séres, y colocándole al frente de todas las verdades de cualquier género que sean; y los que se esfuerzan en adquirir las ciencias, negando la Religion, se parecen á aquel que arrancase la clave en la bóveda para edificar sobre vastas ruinas.

No, ningun sábio puede fecundar sus elaboraciones sino apoyándose en las bases elementales, sentadas por la mano

de Dios; solo podrá hacer adquisiciones mientras no pierda de vista el objeto último de todos los esfuerzos humanos. Nuestra alma no luce por si misma; sus resplandores no son mas que una refraccion de la luz indefectible. Dios es el vínculo de los espíritus, es el manantial fecundo donde se sácia el ingenio, es el supremo fin hácia el que debe dirigirse toda verdad. Son ciertamente distintas de El las verdades que se comprenden en el círculo de cada ciencia; pero todas tienen sus raices en la eterna. Esta sola es el primer eslabon de la cadena intelectual, y el que la desconoce, retrocede y cae, porque una culpable tendencia le estravia, apartándole de su verdadero destino. No temo afirmar que las doctrinas que han hecho progresar mas pronto al entendimiento humano, son aquellas que ha consagrado la religion, elevándolas á su noble fin. Por ejemplo, de todos los sistemas de la antigua filosofia, los que mas adelantaron en la via del progreso, y consiguieron mayor establidad, fueron sin contradiccion los de Platon, y de Aristóteles, por haber sido religiosa su tendencia. Sabido es que la filosofia de estos, depurada de los errores del paganismo, fué aplicada por los Santos Padres á la exposicion del dogma, y de esta habla San Agustin cuando dice que con la ciencia *se engendra la fé, se nutre, se defiende y corrobora.* Esta misma es la que arrancó al herege Bucero aquella célebre declaracion «tolle Thomam, et dissipabo ecclesiam.» Quitad la teologia filosófica de Santo Tomás y yo disiparé la Iglesia, la arruinaré, la destruiré. Por esta

misma filosofia los Teólogos españoles se hicieron objeto de asombro en el concilio de Trento, y con ella redujeron á polvo todos los argumentos de los enemigos de nuestra religion.

Si, pues, sábios de todas clases, si quereis dilatar el horizonte de vuestros conocimientos, si quereis hacerlos sólidos y útiles á vuestros semejantes, si quereis inmortalizar vuestros nombres en la república de las letras, modelad vuestros estudios por los de esas eminencias literarias, que tanto bien han merecido de la religion. Mirad como ellos á la Cruz; tomadla por punto de partida de todas vuestras teorías. Solo de esa Cruz de madera, que la Iglesia enarbola sobre la cúpula de nuestros templos, derivan gradualmente las perfecciones del género humano. Los sistemas científicos, que no tienen por base á la revelacion, marchando en su arrogancia á la conquista de utopias, todos desaparecen; se toman y se dejan, y se disipan cual humo. ¿Qué se ha hecho de la teoría atomística de Epicuro? Qué de la multiplicidad específica de Virey? Qué de la única sustancia de Espinosa y de los delirios de Kant, Fichte, Hegel, Schelling, miradas ya como tales por todos los verdaderos sábios? Cual fuegos meteóricos brillaron tal vez un instante para ser luego eclipsados por la luz esplendente de la verdad. Lanzad una rápida mirada sobre el siglo XVIII, sintesis de todos los errores de todos los tiempos contra la religion católica. El se distingue por el lamentable divorcio que quiso introducir entre las ciencias y la fé.

Quiso separar lo que Dios habia unido. Armó todas las facultades humanas contra el cielo. A la vista tenemos ese monumento enciclopédico, que por su orgullo, y su impotencia recordó la antigua Babel. Dios irritado encendió, como entonces, sus rayos, y confundió segunda vez el lenguage humano, entregando á la anarquia, y á las divisiones mas sangrientas á los pueblos estraviados por los enemigos de Dios. Tal es siempre el triste pero inevitable résultado de las ciencias, cuando se separan de las prescripciones de la religion. Aquel siglo, tan fecundo en estravagancias, quiso renovar las doctrinas mas repugnantes del paganismo; pero cada sábio vió su sistema destruido por el que le seguia. Nada habia en filosofia mas que hipótesis, y probabilidades. Tan monstruosos y variados sistemas son natural consecuencia de toda doctrina puramente humana, cuyo carácter es la variacion, la mudanza. Nacer, variar y morir, es la condicion miserable del hombre, y de sus obras; asi como el carácter divino es enteramente opuesto, ni variar, ni morir. Por esto las ciencias que radican en el catolicismo son las únicas que no consienten innovaciones. Inmutables en medio de la perpetua instabilidad de las doctrinas humanas, permanecen siempre al través de los siglos, y de las vicisitudes de los tiempos; porque la ciencia es la verdad, y la verdad es eterna; encarnada en el Evangelio participa de su inmortalidad, y la verémos reinando hasta el instante en que se cierren los anales del mundo.

Pero la doctrina científica que la religion sanciona, aun-

que invariable en medio de la fluctuacion del entendimiento humano, lejos de retardar el progreso de las luces, y de la industria, como sus enemigos declaman, fecunda, sostiene y aprueba todas esas transformaciones sociales, todos esos adelantos de cualquier genero, que el curso de los años acarrea. Asi vemos con que solicitud acude diariamente la Iglesia á santificar con su bendicion todas esas mejoras que el arte del hombre inventa. Que se abran nuevos canales; que se unan las orillas de los rios por medio de puentes colgantes; que se boten al mar máquinas de vapor, ó que surquen la tierra; que el pensamiento comunicado por los aires haya aproximado á las naciones; que dilatada el agua por el fuego triunfe de los tiempos, y de las distancias; que la industria se haya provisto de alas; que florezcan en fin todas las ciencias y artes; todo esto es lo que quiere nuestro siglo, y tambien lo que el catolicismo se apresura á sancionar con todo su poder.

Si no podemos disputar á nuestro siglo estos sorprendentes progresos en las ciencias, letras, artes é industria, tenemos sin embargo que deplorar la carencia de nociones exactas respecto á los principios religiosos. Hay no pocos, aun entre las personas doctas é ilustradas, que desconocen mas de lo que se piensa la verdadera doctrina del Evangelio. El profundo desprecio de la religion que la mayor parte de nuestros sábios hallaron en el mundo á su entrada en la carrera de la vida, la superioridad de su talento, sus brillantes triunfos obtenidos, y tal vez la lectura de las se-

ductoras obras de la impiedad, les han persuadido que no era digno de ellos ni aun averiguar los motivos porque se habia creido en tiempos añejos, y desdeñan un estudio que les parece poco importante. Conviene pues á estos mismos que se precian de sábios una reaccion en sus ideas, que despierte la fé, tal vez apagada en su corazon: aquella reaccion que invocaba como medio de salvacion para toda la Europa en general, carcomida por los errores y vicios, un célebre político de la época (Guizot): «la reaccion religiosa.»

Afortunadamente va pasando ya el tiempo en que los mismos sábios parece que deliraban, y la generacion actual, dejando en el fondo del sepulcro de aquellos visionarios sus lamentables teorías, quiere mas bien entonar hácia el cielo el cántico de vida, que ir á cantar himnos de muerte junto á la glacial estátua de la *nada*. Las mil sendas de la ciencia se reunen en nuestros dias para proclamar la doctrina católica, y de concierto con ella se encaminan en perfecta armonia á conseguir nuevas conquistas. En esa preciosa cadena de oro que forman las ciencias, todos van buscando el primer eslabon, que está pendiente de la inteligencia suprema. Los ingenios mas privilegiados de nuestra época fijan sus miradas en la religion católica y la contemplan como una magestuosa reina, que sentada en su trono, recibe los homenages de todas las ciencias seculares; y á estas como sacerdotisas del Altísimo, que acuden á rendirle culto de toda verdad; porque la verdad,

segun la bella espresion de S. Agustin, es propiedad de la religion, en donde quiera que se encuentre. Solo asi puede el sábio llegar realmente al triunfo y á la gloria. No, agitándose al acaso, ó contra la voluntad soberana, no es posible que llene sus deberes. Al modo que si uno de los innumerables globos, cuyo movimiento regular concurre á la armonia del universo, llegase á traspasar su órbita, sin duda alguna ocurriria un trastorno en el mundo material: el mundo intelectual no podria menos de conmoverse hasta en sus cimientos, si quisiese la ciencia volar fuera de la esfera de actividad en que le plugo al Todopoderoso situarla. Las inteligencias tienen sus leyes como los séres físicos. Hay una química para los espíritus, como la hay para los cuerpos: estos se exaltan mediante el fuego; aquellos con la influencia de la religion. Sin esta toda ciencia no es mas que un vapor perecedero. Tome pues sus luces de la fé, y se disiparán las sombras que ocultan los objetos de nuestras investigaciones. ¡Qué espectáculo tan hermoso ver al hombre á la luz de la antorcha del Evangelio, y con el hilo de la análisis en su mano, penetrar en el laberinto del pensamiento, y seguirlo en sus combinaciones!

Todas las páginas de la historia atestiguan á las generaciones futuras, que toda vez que los profesores de las ciencias intentaron destruir alguna verdad religiosa, jamás han abrazado mas que vanas sombras, ó absurdos monstruosos. En cuanto han querido usurpar la prerogativa suprema, dando á su débil razon la soberanía de las verdades, y de

los deberes, han herido de muerte cuanto han tocado. En dos épocas quiso la razon del hombre determinar por si sola un culto para honrar al Ser Supremo: sus lecciones han venido á parar en instituir innobles sacrificios en honor de Júpiter, y mas adelante de una prostituta. En vista de semejantes estravios, Platon mismo, á la luz de los esplendentes fulgores de su sublime inteligencia, llegó á comprender que era necesaria la venida de un morador del cielo, encargado de enseñar á los hombres las verdades, que necesitan, y no pueden adquirir con sus propias fuerzas. Y ¡qué! la fuerza de la verdad ¿nó arrancó iguales confesiones á la filosofia del siglo XVIII., que gloriándose de los derechos de la razon, se mostraba enemiga de toda creencia? Quién no ha oido estas palabras de Baile? «Nuestra razon, decia, no sirve mas que para embrollarlo todo, para hacer dudar de todo. No bien ha edificado una obra, cuando nos presenta los medios de arruinarla. El mejor uso que puede hacerse de la filosofia es conocer que es un camino estraviado, y que debemos buscar otra guia, que es la luz revelada.»

En vano se estudian y profundizan esos diferentes sistemas filosóficos que campean en primera fila en el mundo científico. No, jamás podrá descubrirse en ninguno de ellos el verdadero manantial de donde debe salir el elemento reparador de nuestras agotadas fuerzas. Este solo puede brotar, como el fruto de la semilla, de un elemento enteramente divino. Si, del catolicismo ha partido siempre el

movimiento científico, y la gloria de las naciones. No es posible que haya corazones tan frios, ni entendimientos tan ofuscados, que tengamos precision de recordarles aquellas luces de civilizacion, y aquellas grandes instituciones que el mundo le debe. Asi cuando la Iglesia dicta sus sábias lecciones, son ilustrados los reyes y los pueblos. Lejos de ser enemiga del progreso, ella anima á él y le propaga. Semejante al sol, cuyo esplendor es mas vivo cuando los vientos han barrido las nubes, brilla la ciencia con nuevos fulgores, cuando va escoltada de la fé, porque esta borra de su frente las preocupaciones, y los errores. Si se prescinde de este divino centro, la filosofia, falta de esta íntima alianza, se disuelve al momento, porque no puede descansar sino en la nueva manifestacion del poder divino; y la historia entera del universo no seria otra cosa que un enigma sin solucion, un laberinto sin salida, y un gran monton de ruinas de un edificio sin acabar. Todo sistema que consiste en la esclusion de la tendencia religiosa, está por solo esto muy desviado de la línea del progreso. Quitad á los ingenios la religion, y les cortareis las alas. Si la humana inteligencia deja de ir á beber en el manantial de la fé, perdiendo su dignidad y energia, ya no conserva poder para moverse como no sea en sentido retrogrado; y desde entonces vendrán sombrias nubes á eclipsar el ástro de la ciencia. Si derriba una de las bases sentadas por la fé, abre un abismo, porque todo pensamiento, que contradice el pensamiento de Dios, es un error. La ciencia separada de la fé,

es una quimera, nada. Guardaos del materialismo, panteismo, racionalismo, y demás sistemas impios, como de un veneno mortal, que destruiria en vosotros todo principio de vida, y os separaria del tronco social como una rama seca. Inspiraos del soplo divino de la fé, y todo cuanto os rodea se animará y muy pronto sentireis una fuerza sobrenatural, y desconocida, que convertirá vuestra estéril impotencia en la mas rica fecundidad. No mireis la ciencia mas que como un medio de elevar el espíritu del hombre á las contemplaciones del Evangelio, cuyo auxiliar es, y no puede menos de serlo en los designios de Dios: este es su destino, esta su gloria.

Con este objeto los Santos Padres, y á su imitacion los teológos en todos tiempos, cultivaron las mismas ciencias profanas, que hicieron servir á la exposicion y defensa de las verdades católicas, cuyo ejemplo es otra brillante prueba de la concordia entre la religion, y la ciencia. Tal era la ilustracion de los cristianos en todo linage de conocimientos, ya desde los primeros siglos de la Iglesia, que el apóstata Juliano les prohibió que frecuentasen las escuelas y enseñasen las letras. «Estas gentes, decia, nos deguellan con nuestras propias armas, sirviéndose de nuestros mismos sábios para hacernos la guerra.» Las luces que los Padres difundian por todas partes tomarian cada vez mas incremento, á no haber sobrevenido una espantosa revolucion, que cambió el órden del universo. Traed á vuestra memoria, aunque no podreis hacerlo sin horror, aquellos enjambres de

feroces bárbaros, hijos del Norte, que en el siglo V. llevaron la desolacion y el esterminio por todo el imperio romano; y vereis como, enemigos de toda otra ciencia que de la que enseña á combatir, entregan al incendio los preciosos monumentos del saber, y todo cuanto puede conducir á fomentar el cultivo de la inteligencia; pero tranquilicemonos: ahi está la Iglesia mezclada con el polvo amontonado por tantos escombros. Bajo de su bandera se alistaran los godos, los suevos, los vándalos, los francos; y la Iglesia con sus pontífices, recogiendo las esparcidas reliquias de la antigua ciencia, las reanimara, y las conservara como depósitos preciosos en innumerables monasterios, que serán otros tantos asilos de la virtud y de la ciencia. Alli los hijos de S. Benito establecerán el foco de una nueva civilizacion, de esa civilizacion sobre todo cristiana, única que hace la felicidad de los pueblos. Estos reunirán los dos mundos, romano y bárbaro, comunicando á todas partes la cultura, y estimulando al progreso. Si despues de tan horrible tempestad flotó por algun tiempo la espuma de la barbarie en la superficie de la sociedad, y penetró hasta en el santuario, si la estupidéz de la clase lega llegó hasta tal punto que ni aun los nobles sabian leer ni escribir; los sacerdotes, á quienes J. C. honró con el glorioso título de *luz del mundo*, y cuyos lábios son los *fieles custodios de las ciencias*, las han salvado de un total naufragio. De aquí es que en ese mismo tiempo de oscuridad y de tinieblas las palabras *clérigo* y *monge* eran sinónimas de *literato*, sien-

do ellos solos los que podian dedicarse á las profesiones científicas, como por ejemplo á la abogacía, y á la medicina. Los Obispos y Abades eran los únicos capaces de tomar la palabra en las asambleas públicas, y la tomaban para ilustrar á los gobiernos sobre los negocios mas árduos, aun de política. Al fundarse mas adelante las Universidades, los primeros catedráticos eran todos clérigos y religiosos; y estos centros del saber eran mirados como establecimientos sagrados, que debian subsistir siempre bajo la direccion de la cabeza de la Iglesia. De aqui el derecho, jamás disputado hasta nuestros tiempos, de intervenir los Romanos Pontífices en todo género de enseñanza, que vinieron ejerciendo desde la institucion de los estudios públicos entre los católicos. No os alarmeis, profesores de todas clases; la Iglesia no pretende enseñarlo todo; no lleva su ambicion hasta querer formar abogados, médicos, farmacéuticos, químicos, como forma teólogos, aunque una necesidad social la obligó, como acabamos de ver, al estudio de estas facultades. La soberanía intelectual á que la Iglesia únicamente aspira, la tutela de las ciencias que reclama, no es mas que el ejercicio de la mision divina, que ha recibido de su Fundador, no es mas que la influencia que esta antorcha inestinguible tiene, y debe tener sobre la frágil razon humana de donde las ciencias proceden. ¿Estais seguros de que el talento del hombre no será jamás seducido por falsos resplandores, ni se desviará de su marcha triunfal en el órden físico, ni caerá postrado una sola vez ante los

ídolos que aun los ingenios mas sublimes se forjan? No veis los lamentables estravios de la inteligencia en los tiempos pasados, y señaladamente en los que hoy corren? Y por qué privar al espíritu humano, mientras surca el piélago de las ciencias, tan sembrado de escollos, del faro que infaliblemente puede salvarle? Es preciso reconocerlo y confesarlo, las ciencias secularizadas, é independientes del elemento religioso, que la Iglesia lleva á todas partes en que no se halla impedida su accion benéfica y suave, son como ramas desprendidas del tronco que les da vida y vigor. La naturaleza humana viciada por el pecado, y seducida por el pérfido encanto de los placeres, dará á cada paso mil caidas, si una fuerza amiga, enérgica, ilustrada por el mismo Dios, no la guia por el camino de la verdad. ¿No lo hemos visto en los funestos ensayos de secularizacion intelectual emprendida en Alemania, cuyos amargos frutos está gustando la Europa? Como obra del protestantismo deberian los católicos detestarla, porque ¿qué otra cosa fué la reforma protestante, segun la definicion que de ella dá el mismo Guizot, que una rebeldía de la inteligencia contra la soberanía intelectual de la Iglesia?

Lo que hay que esperar de las ciencias, cuando no las ilustra la verdad religiosa, nos lo demuestra la historia con la irresistible elocuencia de los hechos. Fijad por un momento la vista en el cuadro que ofrecian las ciencias teóricas y prácticas, durante el largo período del paganismo, y os vereis obligados á retirarla luego por no ver tanta miseria y

degradacion. Los grandes filósofos hablaban de Dios, como quien delira. Los que mas adelantaron decian que Dios era el mundo, ó el alma del mundo. Muchos negaron á los Dioses la formacion del universo: todos se figuraron la materia increada; todos hablaron y obraron como idólatras. En los mejores tiempos de Grecia y Roma los famosos sábios autorizaron los vicios de sus Dioses, los juegos teatrales, las fiestas escandalosas, el infame culto de Venus, las estátuas y pinturas deshonestas. Contemplad ahora al reverso de tan horrible cuadro lo que enseña la Religion acerca de Dios, del hombre y del mundo, y decidid de parte de quien está la verdad. Dad un paso mas adelante, y vereis como en los puntos en donde el Cristianismo ejerce su accion, sea en los paises helados del Norte, ó en los ardorosos del Mediodia, crea establecimientos científicos, de moral, y de cultura, desterrando de todas partes la barbarie, y haciendo que la sabiduria ocupe su puesto. En Africa, en el Egipto y en el Asia pululaban los sábios mientras floreció alli el Evangelio; pero estinguida esta brillante antorcha, una noche profunda cubrió de tinieblas aquellas regiones. La Grecia, tan afamada en sábios de toda clase de literatura, perdió tambien su fecundidad para las ciencias y letras. ¿Hubo algun cambio en su naturaleza ó en su clima? No: es harto conocida la causa: emigró de alli la religion, y con ella las ciencias.

Otro hecho reciente pone de manifiesto el poder de la religion en los adelantos intelectuales. Nadie ignora el vue-

lo que han tomado en estos últimos tiempos las ciencias llamadas naturales. ¿Y á quién se debe tan glorioso beneficio? No ciertamente á esos sábios arrogantes, que se apropian todo progreso, sino á los misioneros que envia la Iglesia á civilizar á los hombres por toda la superficie del globo. Estos solo nos enseñaron á conocer el suelo, riquezas, costumbres, génio é idioma de los diversos pueblos del mundo. Si, el cristianismo, representado por celosos é intrépidos misioneros, al paso que enseñó, ilustró y dulcificó las costumbres de los pueblos salvages, hizo tambien florecientes unas regiones que no eran antes sino bosques inaccesibles, y lagunas hediondas. A sola la religion deben pues la geografia, la filologia, y la historia natural los inmensos adelantos que han hecho en la presente época.

En fin, la historia eclesiástica y profana, antigua y moderna, publíca en alta voz la verdad que vengo demostrando, que alli solo está y florece la ciencia, en donde está y prospera la religion. Que ambas, pues, en lugar de combatirse, se animen mútuamente para lograr nuevas conquistas: que marchen de comun acuerdo para coger la inmensa cadena de verdades que se estiende desde el profundo abismo hasta lo mas alto de los cielos. Continúen la fé y la ciencia estrechamente abrazadas como dos hermanas, intimamente unidas por interés y amistad. Que reine la mas simpática armonia entre los teólogos encargados de la enseñanza religiosa, y los que tienen á su cuidado darla sobre los diversos ramos del órden natural. Asi se fecunda-

rán á la vez los dos campos de la ciencia sagrada, y de la profana, y se establecerá en los entendimientos y en los corazones el ascendiente de la verdad, y del bien. Semejante órden presentará á todos los individuos del cuerpo literario felizmente unidos por los dulces lazos de la verdad y de la caridad, y todos no formarán sino un solo corazon, y una sola alma. ¿Qué obstáculos pueden oponerse á esta fusion, cuya necesidad se siente cada dia mas apremiante? Algunas rivalidades miserables, algunas delicadezas insignificantes en las personas, ó por las cosas, no deben disculpar cualquiera tardanza que se ponga á esta conciliacion franca y leal entre los discípulos de la revelacion, y los admiradores exclusivos de las conquistas de la inteligencia, la doctrina católica y la doctrina humana. Al fin el entendimiento del hombre se verá tarde ó temprano precisado, ó por temor ó por amor, á ceder al poderoso atractivo de las luces divinas. La Iglesia, esposa virginal del celestial esposo, no es llamada jamás al combate, sin que alcance la victoria.

En esta atencion, dignos profesores, dirigios oportunamente en vuestras esplicaciones á la conciencia y al corazon de los jóvenes, cuyos sentimientos han de decidir del porvenir de su vida. Con la ciencia inspiradles la virtud: dad á vuestra doctrina un nuevo realce con las ideas religiosas. Las almas de vuestros alúmnos están, por decirlo asi, en vuestras manos; vosotros las humillais ó elevais, segun las ideas que les inspireis. En el profesor todo ha-

bla, todo instruye, todo significa. El que tuviese la desgracia de vivir sin religion, debe saber que le falta una cosa para ser digno maestro de la juventúd, y mas si tiene la debilidad de no guardar para si solo sus malas ideas. La juventúd debe ser á los ojos del profesor un objeto sagrado, y el que, lejos de instruirla religiosamente con su autoridad, y con su ejemplo, infundiese en sus lecciones el veneno de la impiedad, ofreceria á sus discípulos un don funesto, un presente fatal, como lo seria ofrecer un puñal á un furioso. Si al despedirse el alúmno de sus maestros, al dejar las áulas científicas, volviese al seno de sus familias con la horrible creencia de que el cielo es una quimera, que no hay alli un ojo que nos mire ¿quién pondrá límite á sus indómitas pasiones? Ilustrando la inteligencia sin formar el corazon, escitais la ambicion, el orgullo, el egoismo, y no habrá dique que detenga el torrente.

Pero en vano insinuo temores de perversion á presencia de un profesorado que pública y privadamente está dando pruebas de su ortodoxia. Sus programas, sus discursos inaugurales, y de recepcion, y otros documentos solemnes, son una segura garantia de la pureza de doctrina que aqui se difunde diariamente en las clases. Asegurado el espíritu religioso en el magisterio compostelano, confiadle sin vacilar vuestros hijos, padres de familia; y cese tambien toda alarma de parte de las autoridades que velan por la inviolablidad del dogma, y santidad de la moral. No: de estas áulas no saldrá una generacion descreida, compo-

hiéndose el magisterio de hombres religiosos. Me atrevo á sostener que aun cuando hubiese algun contagio en los libros de texto, con tal que los que desempeñan el profesorado, ó los que empiezan á llamarse *textos vivos*, sean sólidamente católicos, desaparecerá todo peligro. La misma Biblia, esplicada por Voltaire ó Strauss, conduce á la incredulidad, al paso que comentada por Bossuet ó Fenelon forma puros creyentes. Lo que el país quiere principalmente de vosotros, respetables maestros, es catolicismo, es instruccion cristiana, es enseñanza religiosa, es en fin un rancio españolismo, que es decirlo todo.

Vosotros, jóvenes, en cuyas frentes se ve oscilar la llama de la inspiracion y del génio, permitidme que en presencia de vuestros padres en la ciencia, os dé algunos consejos que aseguren vuestro aprovechamiento. Acoged con avidéz la doctrina de vuestros maestros, y aspirad á la noble ambicion de que vuestros nombres lleguen á inscribirse en este templo del saber. Estudiad con intensidad, para no veros un dia confundidos con el vulgo de las inteligencias, y para que la vuestra no se marchite, falta de vigor y de vida, como aquellas plantas que careciendo de jugos nutricios perecen antes de llegar á su completo desarrollo. Arrostrad con denuedo esa aridéz, y esa repugnancia que esperimentareis en el vestíbulo de la ciencia. Renunciad á todas las seducciones del deleite, á los adornos escesivos, á los inmoderados cuidados por vuestras personas, á las peligrosas ocupaciones del juego, á la pe-

sadéz del sueño, y á los atractivos de la ociosidad. Comenzad por lanzar todos los vicios de vuestra alma, sin hacer gracia á ninguno; porque la santa pasion del estudio no se hermana con ninguna otra pasion. Renovad frecuentemente en vuestros corazones aquel horror al mal que supieron inspiraros vuestras madres al asomar en vosotros el primer destello de la razon. ¡O con qué fé, y con qué fervor conducidos por ellas al templo, manifestasteis entonces al Ministro del Señor las nacientes turbaciones de vuestra conciencia, y con qué amor conmovido recibisteis el pan de Angeles! En medio del ruido del mundo no se borren jamás de vuestros corazones aquellas repetidas lecciones de vuestras madres. Guardad igualmente en todo vuestro esterior, en vuestro trato, en vuestras diversiones mismas, formas civiles y decentes. Cualquiera que sea la clase de estudios á que os apliqueis, debeis tener en todos por objeto sostener y aumentar la vida de la inteligencia con el alimento de la verdad, y formar el corazon acostumbrándolo á sentir siempre bajo las inspiraciones de la virtud y de la belleza. No os ocupeis en materias efímeras que llaman la atencion pública por un dia, ni os dediqueis á las obras pálidas de literatura que salen diariamente de nuestras incansables prensas, las que no dirigiéndose sino á la imaginacion, y á los sentidos, nada suelen decir á la razon; ni os entregueis á los insípidos pasatiempos que ofrece en general la sociedad.

Arreglada vuestra vida segun las máximas que acabais

de escuchar, os haré algunas indicaciones sobre la manera como debeis instruiros. En el estudio del mundo inteligible buscad la verdad por las luces de la razon: pero en las cuestiones tenebrosas no perdais de vista la antorcha de la fé; y cuando en el ejercicio de vuestra inteligencia llegaseis tal vez á un punto que contradiga una verdad religiosa, sin vacilar decidid, ó que la contradiccion no existe realmente, ó que habeis concebido como verdad lo que es un error. Y si despues de todos vuestros esfuerzos no podeis hallar el secreto lazo, la relacion misteriosa que une dos verdades aparentemente contrarias, poneos siempre de parte de la verdad revelada. En la via de las ciencias encontrareis á veces encantadores y hechiceros, gigantes y monstruos, seducciones y resistencia: pero al abrigo de la religion ahuyentareis todas las apariciones, combatireis denodadamente á cualquiera enemigo real, y sin disputa será vuestra la palma de la victoria.

Vosotros, escolares, que os consagrais al estudio del Derecho, considerad que todas las leyes se derivan de la razon eterna de Dios, y que todas descienden directamente del cielo á la tierra; que han sido primitivamente grabadas en el corazon de todos los hombres, donde las pasiones las habian casi borrado, promulgadas luego esteriormente en el Sinaí, y sancionadas en fin por la sangre de J. C. en el Calvario. Estas constituyen la base de toda legislacion, y sin ellas no se concibe ninguna ley, ni obligacion, ni fuerza para cumplir lo que se pacta entre los hombres. Las san-

ciones de la religion son las únicas que pueden ligar el interior humano, porque el hombre no puede imponer leyes sino al hombre; á la conciencia y al espíritu solamente la religion. Emancipaos del influjo de esta inspiracion interna, y quedarán en vosotros siempre vivos aquellos vicios que solo la fé puede combatir con éxito. Esta verdad ha sido reconocida por los mismos sábios del paganismo, que unánimes sientan que el temor del cielo es la base de toda legislacion y el principal apoyo de los estados.

Vosotros que aspirais al arte de curar, sabed desde el principio de vuestros estudios que antes de curar las enfermedades del cuerpo, es preciso que cureis las enfermedades de vuestra alma, á fin de conformaros con el supremo Médico, de quien dependen la salud, y la enfermedad, la vida y la muerte. Al estudiar el cuerpo humano admirad en las maravillas de su estructura el poder del Criador, pero respetad tambien el cadáver: hay algo de sagrado en esa ruina. Una imágen viva de Dios le animaba momentos antes. Era un templo de J. C. que restaurara algun dia, y cuya profanacion no quedará impune. En el ejercicio de vuestra profesion no olvideis jamás lo que os dice el Sagrado oráculo, esto es, que no sereis mas que instrumentos en las manos del Señor,

Vosotros que os dedicais al estudio de las ciencias naturales y exactas observad que todas las ciencias están en contacto con las verdades divinas, y que no podreis penetrar á fondo en el laberinto de los números, si todos vues-

tros cálculos no parten de la unidad suprema, que es el mismo Dios. Y los que quereis estudiar con fruto las bellezas visibles del universo, elevad á cada paso vuestras miradas al tipo de toda belleza, á la divinidad. Todas las criaturas nos reverberan los resplandores celestiales, y forman otros tantos ecos que á cada instante nos repiten la voz omnipotente de la sabiduria eterna, de donde proceden. Al examinar una planta ó un insecto, la luz indefectible herirá vuestro entendimiento con sus rayos, y no podreis menos de reconocer á su Criador.

Vosotros, poetas, oradores, filólogos, y todos los que os dedicais al estudio de las bellas letras, ¿quereis ser dignos hijos de la armonia? Elevaos de la armonia de las palabras, y de los sonidos, á la armonia esencial, para que vuestra alma descanse en el seno de la eterna perfeccion. Contemplad las diversas especies de la armonia de la creacion, como refracciones de la armonia increada que resulta del concierto de tres divinas personas en la unidad de su naturaleza. Debo preveniros tambien que si llegais á violar las reglas de la armonia moral, que consiste en la perfecta conformidad de vuestra voluntad á la ley de Dios; hasta no podreis gustar los primores del concierto que reina en las ciencias de que haceis profesion.

Y que os diré á vosotros, Teólogos, dirigiéndoos la palabra al fin de mi discurso? Haciendo á grandes rasgos vuestro retrato, voy á poner á vuestra vista la suma de vuestros sagrados deberes. Vosotros estais destinados á ser los

órganos de la religion para mantenerla en su pureza, escelsos luminares para derramar sobre ella perennes luces que disipen esas nubes de errores con que los impios se esfuerzan en empañar su brillo. Vosotros vais á ser como unos manantiales públicos de donde deberán correr sin cesar aguas que lleven á todas partes la vida, y la fecundidad. Vais á ser centinelas vigilantes sobre las murallas de la Ciudad santa con la trompeta evangélica en una mano, y la espada de la verdad en la otra, para dar muerte á vuestros pies al monstruo del error, en donde quiera que levante su infernal cabeza. A vuestro lado se están formando sábios que darán á conocer el curso de los ástros, la estructura del globo, los animales que le habitan, ó las plantas que hermosean su superficie; pero vosotros, con mision mas augusta, vais á hacer reconocer y adorar al Autor de todas estas maravillas: vais á medir vuestras fuerzas con los que desconocen ó aparentan desconocer al soberano arquitecto de esta máquina admirable. A vuestro lado se están formando los que han de ser intérpretes de las leyes humanas, ó tambien magistrados que velarán por la conservacion de estas mismas leyes; pero vosotros, remontando mas el vuelo, vais á recibir el título glorioso de comentadores de la palabra santa, de las verdades divinas, para presentarlas al pueblo en todo su esplendor, y hacer su apologia ante el impio y el incrédulo. A vuestro lado, en fin, se están formando los que han de ejercer la profesion tan honrosa, como humanitaria, de volver la salud y dar

consuelo al hombre abatido bajo el peso de sus dolencias y miserias corporales; pero vosotros, dirigiéndoos á la parte mas noble de nuestro ser, vais á curar los espíritus inficionados por el error, y gangrenados por los vicios, que son las plagas de la sociedad. Mas para cumplir tan sublimes cargos, no debeis limitaros, como en otros tiempos, al estudio de nuestra facultad sagrada. En la época actual de la Teologia, tenemos necesidad de hacer escursiones mas ó menos estensas en el campo de todas las ciencias humanas, porque de todas ellas se arrojan dardos contra el alcázar de la religion. El Teólogo debe estar pronto para rechazar las acometidas del error, y de la impiedad, cualesquiera que sean las formas que puedan tomar. En las obras clásicas de nuestra Facultad hallareis solucion satisfactoria á todas las cuestiones.

Entrad pues, carísimos alúmnos de todas profesiones, entrad y emprended con ardor la carrera literaria, sembrada de palmas y coronas. A ella os brindan las ciencias mismas con su nobleza y grandiosidad: á ello os estimulan tantos sábios eminentes, cuyos nombres han sido esculpidos por la mano de la Fama en el mármol y en el bronce. A vosotros dirijo particularmente la palabra, distinguidos escolares, que con vuestra conducta literaria y moral os habeis hecho acreedores á los premios que ya vais á recibir de mano de nuestro Rector, gloria de esta Universidad, y á presencia de nuestro primer Pastor, que viene á dar un carácter religioso á este acto académico. Abrigad la espe-

ranza de que estos sencillos triunfos que habeis conseguido, son anuncios felices de que llegará un dia en que orle vuestras frentes el lauro de la inmortalidad.

Vosotros todos, jóvenes literarios, no permitais que vuestra inteligencia, esta antorcha, destello sublime de la inteligencia divina, se apague, falta del pábulo que le dá vida. Mantenedla siempre viva y luminosa, y de seguro vendrá un dia en que podreis decir lo que el Doctor de Hipona: **Dios enriqueció nuestras almas con los tesoros de la ciencia y de la virtud.—HE DICHO.**

Salvador Rivera.